

El Aprendiz Impecable

Reflexiones sobre Un curso de milagros

ROSA MARÍA WYNN

Traductora principal de Un curso de milagros



El aprendizaje impecable
Reflexiones sobre Un curso de milagros
© 2012 by Rosa María Wynn

Autor
Rosa María Wynn

Ilustración y diseño de portada
Victoria R. Morales

Diseño y maquetación
Félix Lascas

Corrección ortotipográfica
Olga Montobbio

Primera edición en España
Marzo 2011

© 2011 para la edición en España
El Grano de Mostaza

Impreso en España

Depósito legal

ISBN

978-84-939311-5-5

EDICIONES EL GRANO DE MOSTAZA, S. L.

Carrer de Balmes, 394 ppal. 1.^a

08022 Barcelona, SPAIN

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)».

Dedicatoria

A mi abuela, Aurora; a mi padre, Rafael;
a mi madre, Rosita; a mi hijo, Gabriel; a mi hija, Ysa
y a mi nieta, Celia, con amor y gratitud.

ÍNDICE

Capítulo	1	Nuestra única necesidad	17
Capítulo	2	Estar dispuestos a estar dispuestos a...	23
Capítulo	3	La decisión de ser feliz	27
Capítulo	4	Dejar de juzgar	33
Capítulo	5	El poder de decisión	37
Capítulo	6	La Expiación	41
Capítulo	7	La única defensa	47
Capítulo	8	Todo aquí es un sueño	53
Capítulo	9	Tener razón	61
Capítulo	10	El camino del perdón	65
Capítulo	11	El inocente error	77
Capítulo	12	El segundo error	81
Capítulo	13	La eterna esperanza	89
Capítulo	14	El aprendiz impecable	97
Capítulo	15	La Realidad y la ilusión	103
Capítulo	16	Las creaciones del Hijo	111
Capítulo	17	Manteniendo la vigilancia	115
Capítulo	18	La luz del entendimiento	121
Capítulo	19	Somos los soberanos de nuestra mente	129
Capítulo	20	El Residuo Bendito	133
Capítulo	21	El camino del milagro	143

Agradecimientos

Este libro no hubiese podido salir a la luz sin la colaboración de muchas personas. La primera de ellas es Lisbeth P. de Adrianza, a quien siempre le estaré agradecida por sostener la intención para que este libro pudiera publicarse, así como por su continuo y sostenido apoyo, por animarme, por su amor, confianza y lealtad, pero sobre todo por acompañarme en mi jornada.

Otra persona que se ha parado conmigo es Kina Sobrino. Su amor y solidaridad son constantes en mi vida. Su apoyo con la corrección del material ha sido excepcional. Mi eterno agradecimiento a este bello ser.

Dalia Araujo, otra hermana y amiga entrañable, quien ha pasado largas horas revisando el material, ofreciendo magníficas sugerencias y correcciones al mismo. Su ayuda ha sido invaluable, y la aportación al manuscrito final, extraordinaria.

También quiero dar gracias a José Luis Molina, quien ha sido un apoyo incondicional desde el inicio de mi vida pública en 1993. Y no puedo dejar de mencionar a José Quintana, quien ofreció excelentes sugerencias al manuscrito. Igualmente, les estoy agradecida a ambos por su ayuda, amistad y amor.

A Louise Wynn, por recordarme siempre quién soy. A Inmaculada Pérez, sin cuya ayuda no hubiese podido llevar a cabo mi labor de transmisión del mensaje del *Curso*. Y, por la misma razón, a Raquel Cortés, Victoria Rodríguez, Javier Sáenz, Diego M. Bonati, Marcela López, Mercedes Marzán, Juan Luis Merino, Lindsay Robinson, Teresa Ramírez, César Ángel Gómez, Jimena Guerrero, Gloria Espuig y Borja Gasset, entrañables amigos, que me han apoyado a lo largo de los años.

Y a mi inseparable amiga y hermana, que camina a mi lado, Lorraine Geary. Ella me ha prestado apoyo y asesoría técnica

en este proyecto, además de animarme con entusiasmo y fe a seguir adelante. No tengo palabras para describir lo que ella supone para mí, pero Dios lo sabe.

También a todas y cada una de las personas que me han prestado su apoyo en la organización y realización de mis seminarios y retiros, en muchos países del mundo. Gracias de todo corazón.

A Tamara Morgan, por su visión y por ponerme en contacto con su madre, Judith Skutch-Whitson, presidente de la Fundación para la Paz Interior, editores de *Un curso de milagros*, así como a sus otros directivos, por haberme dado la oportunidad de traducir el mismo al castellano, labor que literalmente cambió la dirección de mi vida.

Y, finalmente, a todos los que colaboraron, directa o indirectamente, en la obra de traducción de *Un curso de milagros* y, en especial, a Fernando Gómez, por su inquebrantable compromiso completar la misma y por la calidad de su contribución, así como por ayudarme a iniciar mi vida pública como maestra del *Curso*.

A todos ellos les debo gratitud, por sostener mi verdad y tener confianza en mí.

Preámbulo

Rosa María Wynn es la principal traductora al castellano de *Un curso de milagros*. Y dicho así puede que no transmita lo que en realidad esto significa. Cuando la Voz del Espíritu le dijo que tenía que realizar este trabajo de traducción, una serie de acontecimientos sucedieron para que esto fuera posible. Pero esa es otra historia que tal vez se cuente en otro libro.

Me gustaría resaltar que cuando un libro tiene que ser traducido, lo que hace que no pierda la esencia del original, y que nos toque o no, es la calidad de la traducción y, gracias a la dedicación y esmero que Rosa María puso en esta traducción, *Un curso de milagros* llega a lo más profundo de nuestro Ser y resuena con lo que es verdad en nosotros.

Su sabiduría es profunda, clara y va acompañada de sencillez, dulzura y humildad, por lo que puede que no llame la atención, acostumbrados como estamos al ruido y a las luces cegadoras; pero, con el transcurrir de los años, su coherencia y su ejemplo hacen más sólido, si cabe, su mensaje, y más potente su voz.

Después de traducir el *Curso* la Voz del Espíritu le dijo que tenía que llevar este mensaje por el mundo, lo que suponía entrar en la vida pública, algo que le provocaba un gran rechazo. Pero lo hizo y damos gracias por ello, porque cada uno de sus seminarios ha supuesto un salto en el tiempo, una apertura en el entendimiento de lo que es en realidad la vida iluminada. Pues no solo consigue hacer fáciles y accesibles las abstracciones del *Curso* sino que para estudiantes de este material y personas interesadas en la vida espiritual en general, da herramientas para ir directamente a lo que importa: a la práctica, a lo que podemos hacer cada una y cada uno de nosotros, justo donde estamos ahora, para ser felices y hacer felices. Y además

propicia el poder experimentar vivencias de otra índole. Si ella no hubiera viajado por el mundo y no nos hubiera presentado el *Curso* desde lo humano, desde la generosidad de compartir sus experiencias, sus dificultades, sus recursos, dudo que tantas personas hubieran seguido con él porque, sinceramente, el *Curso* no es fácil de entender, pero sobre todo no es fácil de practicar. Mas con su profundo conocimiento y ejemplo de vida, Rosa María le ha ahorrado muchos años de estudio a los que han participado en sus seminarios, conferencias y retiros. Ella es una verdadera inspiración.

Una aportación clave que Rosa María desarrolla en este libro es su propuesta para vivir aquí de una manera particular que ella denomina *a propósito*, es decir, con intención, y que nos proporciona ese sentido que buscamos en nuestra existencia.

Su exposición sobre el aprendiz impecable nos inspira a tomar el compromiso de vivir en congruencia con nuestra verdad y con nuestra declarada meta. Realmente, es una propuesta maravillosa.

Rosa María nos ofrece una explicación inédita sobre el error original, cómo identifica el *Curso* al pecado original, que no tan solo aumenta nuestras esperanzas, sino que *reconfirma que el Hijo de Dios siempre fue y sigue siendo inocente*.

A partir de sus múltiples reflexiones sobre lo que es la Expiación, con «E» mayúscula, Rosa María nos ofrece su visión de lo que ésta es. Con sencillez y entendimiento explica al lector cómo aceptarla y, sobre todo, cómo ponerla en práctica.

Lo que también vas a encontrar en estas páginas son las ganas de ocupar tu lugar en el despertar de la humanidad, son las ganas de querer transitar por el camino del amor y de abandonar el miedo, las ganas de descubrir Quién eres y Quién camina a tu lado.

Este libro es esclarecedor, no solo para las personas que siguen *Un curso de milagros* sino para todas aquellas que están

buscando un camino mejor, aquellas que saben que tiene que haber otra manera de vivir, porque la que aprendieron no les hace felices.

Rosa María comparte en estas páginas su conocimiento destilado, a lo largo de tantas lecturas y trabajo personal, y sus experiencias cotidianas con la práctica de *Un curso de milagros*, y las ideas que transmite son una verdadera guía para transitar en estos momentos de cambios.

Este material ofrece un camino mejor, el camino del corazón, donde la esperanza está justificada y una vida feliz es posible.

Kina Sobrino Rando

Introducción

Como dice el dicho, *Aquí nadie puede tirar piedras, pues todos tenemos casas de cristal.*

Y, en efecto, así es. Todos aquí hemos sido engañados, atacados, juzgados y condenados. Por otra parte, todos aquí hemos engañado, atacado, juzgado y condenado a otros. Todos padecemos de la misma condición. Esa singularidad facilita la cura.

Lo que a continuación sigue es la «destilación» de lo que he aprendido como lectora asidua de los libros de Carlos Castaneda y de *Un curso de milagros*, desde que llegó a mi vida en 1978 y al que posteriormente me dediqué de lleno, primero como estudiante y después como traductora y maestra del mismo, y finalmente como aprendiz de la Expiación.

Cuando decidí escribir este libro me llegaban muchas ideas con respecto a qué decir y cómo presentarlo. Finalmente, escuché la Voz indicarme que tenía que plasmar por escrito las aclaraciones que Él me ha dado con respecto a algunos de los conceptos y premisas fundamentales que postula el *Curso*, así como todo lo que se me ha ido revelando a lo largo de los años que llevo estudiándolo y enseñándolo. Y, por último, lo que Él me inspiraba decir según la escritura del libro iba progresando.

Hay ideas que se me pide repetir desde diferentes ángulos, pero solo con el propósito de reafirmar la importancia de que las mismas se tengan en mente y se pongan en práctica en el diario vivir, pues es la práctica lo que realmente nos va a llevar a la consecución de la paz, que es la meta del *Curso*, así como la de este libro. Y es, igualmente, la meta que se te exhorta a tomar, ya que solo en el estado de paz podemos recordar Quién somos y Quién es nuestro Creador. Y en ese recordar yace todo. La meta de la paz es alcanzable, porque al ser la condición en la que fuimos creados, la paz está dentro de nosotros.

También se puede decir que este libro es una propuesta a una manera de vivir aquí que es «a propósito», es decir, con intención. Esta forma de vivir provee a nuestros actos de *un tipo de energía particular* que los actos llevados a cabo desde la «complacencia» o desde el comportamiento habitual no poseen. Y la propuesta es justo eso: vivir de tal modo que lleguemos a ser aprendices impecables que, aunque nos tome toda una vida lograrlo, cada paso en esa dirección nos llena de una dicha de una calidad inigualable. Pero esto requiere que primero tengamos claro la meta que queremos alcanzar. Sin una meta, sencillamente no haremos otra cosa que dar tumbos en la vida, y experimentar desilusión y la sensación de que hemos perdido el tiempo. La meta del *Curso*, como ya se ha mencionado, es la consecución de la paz. El logro de la paz satisfará todas las demás metas porque, al margen de lo que estas puedan ser, están contenidas en ella.

Es necesario señalar que nadie tiene la exclusiva de la verdad. Ningún libro, incluido este, ningún culto, religión, corriente, maestro... nadie. La verdad existe por sí misma, aparte de lo que podamos pensar que es o no es. *Un curso de milagros* —en el que principalmente se basa este libro— es un camino, entre los muchos que hay disponibles, para aquellos que buscan un significado o un sentido para sus vidas aquí, sin embargo, afirma no ser el único.

Espero que el lector encuentre inspiración en estas páginas. No aspiro a nada más, pues no hay nada más que un libro o maestro pueda hacer. Todo lo bueno a lo que este escrito pueda contribuir se debe al Espíritu Santo, y cualquier error es mío.



1. NUESTRA ÚNICA NECESIDAD

Todo el mundo tiene derecho a los milagros, pero antes es necesario una purificación.

T.1.1.7

*P*ara comenzar, lo primero que preciso establecer, basándome en las enseñanzas del *Curso*, es que todos somos los Hijos perfectos de un Creador que también es perfecto. El Creador es Amor, y nosotros somos Amor también. Nada pudo jamás alterar o modificar nuestra verdad. Esta no está en entredicho. Tampoco está sujeta a nada que no sea la Perfección Misma.

Nunca pudimos violar la naturaleza de nuestro Ser. Somos y seguimos siendo tal como fuimos creados por el Amor. Y el hecho de que nos hayamos olvidado de esto no implica que ello haya cambiado. Cumplirás tu función porque esa es tu santa voluntad. Pero antes es necesario que el altar interior se limpie de todo lo que no merece estar allí, para que el Residuo Bendito pueda restaurarse al Reino que comparte con su Fuente. Con este espíritu damos comienzo...

Después de muchos años de recorrer el camino espiritual, de incursionar en muchas corrientes y de practicar docenas de

técnicas, finalmente, llegué a entender que lo único que en realidad necesitamos aquí es una purificación, y que lo único que se puede purificar es la mente, como muy bien dice *Un curso de milagros*. Esto requiere, antes que nada, estar dispuestos a hacer un examen exhaustivo del contenido de nuestra mente, para así poder eliminar de ella todo aquello que le es ajeno, todo aquello que no procede de la Santa Fuente de la que la mente forma parte, ni de Aquello que es el Todo de todo.

Para facilitar la lectura de este libro, llamaré a esa Fuente Dios o Padre, siguiendo la línea de *Un curso de milagros*. Y al Espíritu Santo lo identificaré así o solo Espíritu. Él es la Ayuda de la que se nos ha provisto para realizar dicha purificación. Para que esto tenga lugar, es necesario dar nuestro consentimiento al Espíritu. Dios no nos exige nada. A Él hay que ir de buena voluntad. Dios te amará igual que ama a los que eligen no ir a Él. Ni más ni menos. Esa es Su Divina Justicia y Equidad. Tú podrás elegir seguir el Camino que se te señala y poner en práctica lo que se sugiere. Pero ello no te dará más de lo que ya tienes ni más de lo que todos los demás ya tienen también.

En la actualidad, ya hay personas que están comenzando a darse cuenta que la percepción que tenemos del mundo es la manifestación de lo que está en nuestra mente. Es decir, que lo percibido tiene todo que ver con el perceptor. Esta premisa es uno de los fundamentos de la física cuántica. Pero también hay diversas disciplinas o corrientes espirituales que afirman lo mismo. El *Curso* es una de ellas. De hecho, asevera que *la percepción es un deseo colmado*, pues vemos *lo que queremos ver*.

La purificación de la mente, en el sentido que lo da a entender el *Curso*, supone eliminar todo aquello que no forma parte de ella. Dado que el «error original» —como el *Curso* identifica a lo que aquí llamamos «pecado original»— tuvo lugar en la mente, es con nuestra mente con la que el Espíritu Santo

«trabaja». Y recalca que *ahí es donde se cometió el error y allí es donde hay que corregirlo*.

Dado que la naturaleza de la mente es que todo lo que entra en ella queda grabado para siempre fue necesario idear un plan que fuese tan extraordinario que, aunque no pudiese borrar las percepciones erradas de la mente, pudiera corregirlas y transformarlas en algo tan parecido al Cielo que dejaran de ser fuentes de dolor y de culpa para los Hijos de Dios separados. Otra característica de la mente es su naturaleza abstracta, lo que indica que solo opera fuera de lo que aquí llamamos físico. De hecho, la mente no está en el cuerpo, pues no puede ser contenida.

Como resultado de la «caída» del Hijo, al creerse separado de Su Creador, Su mente se dividió en dos. Esta división es lo que la mente proyecta, y lo que el *Curso* denomina «la separación», que otras corrientes llaman «la dualidad». Y así, percibimos un mundo de objetos y cuerpos separados que, entonces, corroboran, o constituyen la prueba irrefutable de la «realidad» de la separación.

La separación es la «pantalla» donde tiene lugar todo lo que percibimos: lo concreto, todos los acontecimientos que parece que están ocurriendo; las personas involucradas en ellos; las cosas, todo ello tiene lugar ahí y nos absorbe completamente acaparando toda nuestra atención. La experiencia visceral de la separación, en términos simples, se reduce a esto: yo y todo lo demás que veo en esa pantalla.

Como dije anteriormente, hay personas que ya han comenzado a poner en duda la «realidad de lo que perciben», y así intuyen que lo que ven no es la Realidad Absoluta y que, por lo tanto, no puede sino ser temporal. Y esto es un buen comienzo, pues ver la temporalidad de todo lo que percibimos nos permite poder actuar desde un paradigma de pensamiento distinto del que aprendimos, uno que, al sentirnos más acordes con él, elegimos adoptar.

La mente no puede operar sin un foco, sin una mira. Dado que nadie aquí puede ni siquiera imaginar o concebir lo que es la Realidad Absoluta, lo mejor que puede hacer un aprendiz es elegir, como paradigma de vida, las ideas o conceptos que son más afines a su más elevado entendimiento y que le traen felicidad.

Dios es Pura Mente y crea «pensando». Todos aquí somos Pensamientos en la Mente de Dios. Y también somos entes pensantes. La parte de nuestra mente que el ego rige es tan solo un diminuto fragmento de ella. Mas ese fragmento parece ser autónomo y cree ser lo que tú eres. Sin embargo, nuestra mente jamás pudo separarse de la Mente de la que forma parte. Ese fragmento que se pensó separado, quedó a su vez dividido en dos, lo que *Un curso de milagros* llama la mente recta y la mente errada, mas el fragmento sigue siendo parte de toda la mente.

Hay *algo* en nosotros que yo llamo «el decididor», que elige en cuál de estas dos mentes operar. Veo a ese decididor como la parte «operativa» de la pequeña chispa que se encuentra dentro de nosotros, la cual contiene, y es parte, de los Grandes Rayos de los que habla el *Curso*. Pero, como no podemos cambiar la naturaleza pensante de nuestra mente, pseudopensamos desde la mente errada, y pensamos desde la mente recta.

La mente errada produce «pensamientos» que no son de Dios, por lo tanto, no son pensamientos en absoluto, aunque nos parece que lo son; y así los aceptamos y les otorgamos «realidad», y después vemos sus efectos en el mundo que percibimos. Pero la verdad es que la mente errada no puede pensar en absoluto, y que cuando crees que está pensando, realmente está en blanco, como dice el *Curso*. Mas eso no quiere decir que esos pseudo pensamientos no tengan efectos. Han surgido de la mente errada de Quien sigue siendo el Hijo de Dios, por lo tanto, producirán *forma en algún nivel*. Esa es otra razón

para darnos cuenta de que somos responsables del mundo que percibimos y de todo lo que parece suceder en él.

La mente recta, por otra parte, piensa los pensamientos que están en armonía con los Pensamientos de Dios, que son los únicos que son reales. Esos pensamientos dan lugar a una percepción sana que, aunque no es la Realidad —pues sigue siendo una percepción—, es el trampolín hacia el conocimiento.

Y es, precisamente el hecho de que podemos pensar de lo que se vale el Espíritu Santo para guiarnos de vuelta al lugar del que nunca nos alejamos. Pues podemos pensar con Dios o de la manera en que Él piensa. Pero, antes de que esto pueda lograrse, es menester que hagamos una limpieza en nuestra mente: una purificación. Y esta es igualmente necesaria antes de que podamos obrar milagros, que son *el máximo servicio que le podemos prestar a otro*. Sanar nuestra mente es esencial si queremos servir de conducto al milagro.

Es importante señalar que todo aquello que todavía no has sanado en tu vida volverá a repetirse, porque aún está en tu mente. Hay que sanar el pasado en el presente, para así poder extender ese presente sano al futuro. De otra manera, seguiremos extendiendo el pasado no sanado al futuro y reviviremos las mismas historias hasta que un día, en un momento presente, las sanemos.

En el mundo perceptual en el que parece que «estamos», podemos elegir desde qué mente operar, percibir. Uno de los propósitos del Espíritu Santo es reunificar nuestra mente, pues mientras siga dividida no podrá conocer su verdadera Procedencia y el conflicto en que se encuentra parecerá ser eterno. Cuando operamos desde la mente errada, percibimos y sostenemos el mundo del ataque, desamor y venganza. Y estamos completamente seguros de su realidad. Desde la mente recta percibimos hermanos y vemos que todo aquí es para nuestro beneficio, para nuestro bien. E incluso si vemos a algún hermano

actuando desde la mentalidad errada, podemos mirar más allá de su error y ver el Ser que realmente él es y de esta manera sostenemos en nuestra mente su eterna inocencia, y no damos testimonio de lo que no es verdad en él. El ojo físico no puede hacer esto, pero el Ojo Espiritual sí.



2. ESTAR DISPUESTOS A ESTAR DISPUESTOS A...

El Espíritu Santo te capacitará para que vayas mucho más allá de la curación que lograrías por tu cuenta, pues a tu pequeña dosis de buena voluntad para reinstaurar la plenitud, Él sumará toda Su Voluntad, haciendo así que la tuya sea plena.

T.11.II.4.2-3

Quando tomamos la decisión de hacer todo lo que esté a nuestro alcance para dejar atrás todo aquello que es un obstáculo para el cumplimiento de la meta de volver a nuestro estado original o de cumplir la función que, de alguna manera sabemos que tenemos que desempeñar, estamos declarando que estamos dispuestos a dedicarnos de lleno a la tarea.

El mundo de sufrimiento, ataque y desamor que percibimos es realmente ajeno a nuestra verdadera naturaleza. Y cuando hemos tenido un atisbo de lo que esta es, nos sentimos llamados a contribuir, a «ser usados» en beneficio de todos, y este sentimiento es arrollador. Y así, llenos de esperanza y con una fuerte intención, nos volcamos en la tarea. Después de un tiempo, las resistencias y los hábitos de pensamientos que hemos formado desde que tenemos «uso de razón» comienzan

nuevamente a apoderarse de nosotros. Los ánimos empiezan a decaer y muchos pierden ese empuje inicial y, sencillamente, se rinden ante la aparente impotencia.

Allá por el año 1976, si mal no recuerdo, oí a alguien hacer referencia a algo que dijo Ram Das, un maestro espiritual muy amado y conocido en Estados Unidos, así como en muchas otras partes del mundo. Y lo que este maestro había dicho es que los que dicen que quieren llegar a Dios, estaban realmente en el estado de «querer querer» llegar a Dios. Y *algo* en mí supo que eso era cierto.

Años después, y ya siendo una estudiante del *Curso*, me encontraba en medio de una situación en la que la única salida cuerda que tenía era perdonar, pero mi resistencia era enorme. Ya se había vuelto claro para mí que tenía que ofrecerle al Espíritu Santo la pequeña dosis de buena voluntad que nos pide, pues aun con todo Su poder, Él no puede hacer nada sin que nosotros le hagamos esa ofrenda, pues eso sería violar nuestra libertad, y Él honra completamente al Hijo de Dios. Pero la verdad era que no tenía ni la más mínima pizca de buena voluntad de querer perdonar.

De momento, me acordé de la idea de «querer querer»... que se le atribuye a Ram Das, y se me ocurrió extrapolarla a lo de la pequeña dosis de buena voluntad que menciona el *Curso*, haciendo un pequeño cambio. Así que miré dentro de mí a ver si por lo menos «estaba dispuesta a estar dispuesta a perdonar», y supe que no. Entonces repetí el proceso, a ver si por lo menos podía «estar dispuesta a estar dispuesta a estar dispuesta a perdonar». Y, ya con esa mayor distancia, algo en mí se relajó y no me sentí tan «amenazada». Le ofrecí al Espíritu esa minúscula dosis de buena voluntad que había encontrado y lo que sucedió fue extraordinario. El resentimiento que tenía desapareció por completo, como si nada hubiese pasado, y volví a mi paz, pero con la felicidad de haber corroborado

que aun con solo una pequeñísima dosis de buena voluntad de querer perdonar valía, y que el Espíritu haría el resto. Esta maravillosa experiencia me permitió constatar que no era simplemente una teoría, sino algo efectivo que comprobé por mí misma. Surgió en mí una nueva conciencia de gratitud por el apoyo del Espíritu. Y entendí que nuestra buena voluntad para perdonar no tiene que ser total, pues Él suple la diferencia.

Desde entonces, he empleado esta técnica y también la he enseñado. Y jamás me ha fallado, incluso cuando he tenido que ir bastante atrás en la cuenta buscando dentro de mí la dosis de buena voluntad con la que me siento cómoda, normalmente ¡una que esté bastante alejada de una completa buena voluntad! Es como un truco divino, pero uno que funciona. El Espíritu no nos juzgará por el tamaño de la dosis de buena voluntad que le ofrezcamos. Él se vale de cualquier cosa aquí para ayudarnos en nuestro proceso de dejar atrás todo aquello que supone un impedimento en nuestro camino.

El que hayamos hecho un esfuerzo, por ejemplo, seguir buscando algo de buena voluntad en nuestro interior, demuestra que realmente queremos hacer lo que sabemos que va a traernos paz. Al principio, cuesta aplicar las enseñanzas del *Curso* y, ciertamente, requiere esfuerzo, pues al practicarlas estás yendo en contra de los arraigados hábitos de pensamiento que tienes, de las creencias erradas que has aceptado y, por ende, en contra de responder a toda situación incómoda o amenazante, desde el paradigma de la separación, del miedo, y con el ego de guía. Pero todo esfuerzo que hagas en favor de lo que realmente quieres hará de ti un aprendiz feliz, además de impecable. Y no hay gozo mayor aquí que ser un aprendiz feliz e impecable. De hecho, la razón por la que al final vamos a querer ser aprendices impecables es por la dicha que nos trae.

Pero lo más bello de todo es que ya estamos allí, donde queremos retornar, por lo que el final no está en juego. Lo que lo

está es el sufrimiento, que seguirá presente en nuestro mundo hasta que cambiemos de sueño. Lo deseable es ahorrar tiempo y no seguir sufriendo innecesariamente.



3. LA DECISIÓN DE SER FELIZ

*El mundo se convierte en un lugar de esperanza
porque su único propósito es ser un lugar donde la
esperanza de ser feliz pueda ser colmada.*

T.30.V.2.7

*T*odos aquí queremos ser felices. De hecho, el *Curso* dice que es en lo único que aquí coincidimos con Dios. Él quiere que seamos felices y nosotros también. Mas dónde buscamos esa felicidad depende de lo que creemos ser. Al haber inventado un personaje, un falso yo, para sustituir el Ser que en realidad somos, buscamos incesantemente la felicidad donde ésta no se encuentra. Y nos engañamos.

Nos proponemos metas que pensamos que nos van a proporcionar la felicidad que deseamos, pero que son absolutamente irrealizables y, así, nos desgastamos y desperdiciamos el tiempo tratando de encontrar felicidad. Mas la felicidad elusiva, la que cambia de forma según el tiempo o el lugar, no es la verdadera felicidad, sino que es pura ilusión y no significa nada. Pero como estamos confundidos con respecto a qué es la verdadera felicidad, nos volvemos a dejar engañar, nos propo-

nemos otras metas, igualmente irrealizables, solo para volver a desilusionarnos una vez más, pues la felicidad pasajera no satisface al Ser que somos.

Por supuesto, el falso yo te dará docenas de razones por las que no puedes ser feliz, y si no mantienes vigilancia de tus pensamientos, te las creerás, y tu vida dará testimonio de que «tenías razón». Ser feliz es una decisión. Pero la felicidad, al ser algo de Dios, es constante. El *Curso* afirma esto en varias ocasiones, pero se nos olvida rápidamente. Si no eres feliz de una manera constante, es que no has pedido la felicidad y que aún valoras lo inconstante.

Resulta chocante darnos cuenta de que mucho de lo que hemos hecho tratando de alcanzar la felicidad aquí ha sido en vano, porque la felicidad que buscábamos era ficticia. La felicidad, al ser constante, nada más necesita que la pidas una sola vez para poder gozar de ella eternamente. Conviene recalcar que Dios dispuso que fuésemos felices, por lo tanto, la felicidad tiene que estar dentro de nosotros. La decisión de ser feliz tan solo te lleva a lo que ya, de hecho, está en ti.

Decidir ser feliz supone que sostendrás la constancia de tu decisión. Y ¿cómo se hace eso? Cada vez que no te sientas completamente dichoso, puedes recordarte a ti mismo que ya pediste la felicidad y que esta es constante y así retornas a tu estado de felicidad. De manera que tu constancia en recordar que ya la pediste, que solo se pide una vez, y que la felicidad es constante, te hace valorar tu propia constancia al respecto. Y una de las cosas más bellas que he aprendido con el *Curso* es que todos somos merecedores de nuestro propio esfuerzo. Esforzarte en mantener tu constancia, con respecto a todo lo que te has propuesto alcanzar en este camino, es afín a tu verdad y está apoyado por Dios Mismo.

El *Curso* enseña que el Espíritu Santo necesita aprendices felices, que no se resientan de que aún les quede mucho por

aprender, ni de aceptar la corrección que Él les dará cuando ésta sea necesaria. La manera en que mejor le puedes servir a Dios y, por ende, a tus hermanos, es siendo feliz. Y nuevamente, ser feliz es una cuestión de, primero decidirlo y, después, sostenerlo.

¿Quiere esto decir que vas a estar siempre feliz, con una perenne sonrisa en tu rostro incluso al margen de si ocurre algo «trágico» en tu vida? Por supuesto que no. Hay situaciones en las que es casi imposible no sentir dolor, por ejemplo, ante la pérdida de un ser querido. Muchos piensan que porque están en el camino espiritual están exentos de sentir cualquier tipo de dolor, pero no es así. Estoy segura, no obstante, de que hay personas que han alcanzado un estado de desarrollo espiritual tan avanzado que ya ven más allá de todo lo ilusorio, y los sucesos que tienen lugar aquí no les afectan de la misma manera que al resto. Lo importante es entender que si alguna situación te «quita la paz, la alegría», la proceses cuanto antes con el Espíritu, hasta que tu percepción de lo sucedido sea transformada y el dolor desaparezca. Pero quedarnos en el dolor es ser «condescendientes» con el falso yo, pues al final, solo éste puede sufrir. El Ser que somos no puede sufrir pérdidas ni experimentar ningún tipo de sufrimiento.

Como ya se señaló, la Voluntad de Dios es que seamos felices, y ésta es también nuestra voluntad. El *Curso* dice que *hacer la Voluntad de Dios no produce ninguna tensión, una vez que reconoces que Su Voluntad es también la tuya*. No hay dos voluntades, como muchos hemos creído. Solo hay Una, la de Dios, que es la misma que la nuestra. El conflicto imaginario en el que estamos aquí se basa en la creencia de que hay dos voluntades y que estas están en continuo desacuerdo con respecto a todo. La idea de la separación dio lugar a este imaginario conflicto. Y vivimos ese «conflicto» en nuestra mente y, por ende, en nuestro diario vivir.

El *Curso* postula que la separación nunca tuvo lugar, porque el concepto de «separación» jamás estuvo en la Mente del Padre. Él no pudo crear un Hijo que pudiese tener una voluntad diferente a la Suya. De hecho, Dios creó a Su Hijo, *extendiendo Su Voluntad*, por lo que podría de forma correcta decirse que, literalmente, somos la Voluntad de Dios.

Si Dios es Todo lo que hay, ¿en qué parte de ese Todo puede haber algo diferente a lo que ese Todo es? ¿Dónde podría encontrarse una voluntad ajena y una que se opone en todo a la verdadera Voluntad? Es imperativo que uses tu Razón, con «R» mayúscula, para que entiendas la imposibilidad de que pueda haber algo que se pueda oponer a la única Voluntad que existe.

Hay tanta confusión con esto de las dos voluntades que merece que profundicemos un poco más en el tema. La confusión comenzó cuando el Hijo pensó que estaba separado de Su Creador, lo que es el error original. Al creer esto, y puesto que es un Ser pensante como Su Padre, «creó» la separación. Y escribo «creó» entre comillas, pues el Hijo no pudo realmente haber hecho esto, ya que al haber sido creado para ser un Co-Creador con Su Padre, lo único que puede crear realmente es lo que cocrea con Él. Mas, al haber dado lugar a la separación en Su mente, creyó estar solo en el universo. Ese pensamiento de estar solo provocó el «nacimiento», por llamarlo así, de una voluntad que, al igual que Él, también estaba separada de la Voluntad que Él como Hijo era y tenía, y que compartía plenamente con Su Creador. En ese momento, Su voluntad real quedó aprisionada y Su voluntad falsa se impuso, pues Él había perdido la noción de la verdadera. Mas ni la separación ni el nacimiento de una voluntad ajena a la de Dios realmente ocurrió, pues no tuvo lugar en la Mente del Padre, por lo tanto, no tuvo lugar en absoluto. Otra razón por la que esto no pudo haber ocurrido es que el Padre jamás habría estado dis-

puesto a estar sin Su Hijo, Quien es Su dicha y Su compleción.

Todos aquí estamos ahora esperando la liberación de nuestra verdadera voluntad. El comienzo de esta liberación radica en llegar a ejercer, deliberadamente, nuestro poder de decisión. Cada decisión que tomas de esta manera te da un atisbo de tu verdadero poder. Muy pocas cosas se comparan a esta experiencia de absoluta libertad. Decidir que vas a ser feliz es una expresión de tu deseo de acatar la Voluntad que compartes con tu Creador.

El Espíritu Santo no está tan interesado en lo que piensas como en el hecho de que piensas. Pues es con tu «pensar» como vas a retornar a tu verdad, y a liberar tu Voluntad. Y, cuando ésta esté libre, solo la ejercerás en armonía con la de Dios. Es importante repetir que es con la mente con lo que «trabaja» el Espíritu, que se nos dio para que guiara nuestros pasos por el laberinto de confusión en el que estamos. Así que el hecho de que tengas la capacidad de pensar es lo que realmente importa. Tienes esa capacidad porque la procedencia de tu mente es la Mente de Dios. Todos, en última instancia, somos un Pensamiento en Su Mente, que es la Singularidad Misma. Dios crea mediante Su pensar, es decir, que crea pensando, y lo que piensa se vuelve entonces una Creación de Él.

Como ya se mencionó, la mente no está dentro del cuerpo. Mas si incluso aceptas este hecho, el deseo de estar separado, que todavía sigue vigente, quiere tener un pedacito de esa mente «solo para sí» y dibuja un borde imaginario para demarcar el pedacito con el que cree que se contentaría. Sin embargo, nosotros nunca nos contentaremos con nada que no sea Todo. Pero este Todo ya se nos dio. No existe nada más. No obstante, todos los que estamos aquí vinimos a buscar *algo más de lo que es todo*, pero nunca lo encontraremos, pues no existe. Es por eso por lo que se puede decir que «nacimos en el error».

Aquí todos somos seres pensantes, como dije anteriormente, mas en el Cielo somos el Cristo Pensante, pues de la misma manera en la que el Padre creó a Su Hijo «pensándolo» y extendiendo Su Voluntad, nosotros extendemos la Creación con nuestro pensamiento. Aquí en este sueño de cosas separadas tan solo podemos fabricar o «hacer», pero no crear. Solo la Unidad que somos puede crear, pues solo así podemos ejercer la Voluntad que somos y tenemos. Nadie individualmente puede hacerlo, pues nadie por sí mismo tiene existencia real. El *Curso* llama a ese conglomerado de nosotros, la Filiación, que implica la condición de que somos hermanos. Y la Voluntad de la Filiación es ser feliz, pues obedece las Leyes de Dios, en las que su existencia se basa.

Ejerce tu Voluntad y decide ser feliz ahora mismo. Y una vez que lo hayas decidido, cuando te percares de que no te sientes feliz, recuerda que ya decidiste serlo y, de inmediato, entrarás en el eterno y constante espacio de felicidad que nuestro Padre proveyó para nosotros, Su amado Hijo.



4. DEJAR DE JUZGAR

*¿Cómo puede despertar el Hijo de Dios de este sueño?
Es un sueño de juicios. Para despertar, por lo tanto,
tiene que dejar de juzgar.*

T.29.IX.2.3-5

Experimentar culpa fue el costo que estuvimos dispuestos a pagar por la *prerrogativa de poder juzgar*. Mas no podemos juzgar porque no sabemos el porqué de nada. Solo el Espíritu Santo tiene acceso al pasado, al presente y al futuro, así como a todo dato relevante, lo cual le permite emitir juicios justos y verdaderos. Nosotros nunca tendremos ese alcance, por lo que juzgar es, además de imposible, arrogante. Sencillamente no podemos juzgar. Esto es algo que se repite en el *Curso* una y otra vez.

Estamos tomando decisiones continuamente, mas no nos damos cuenta de ello. Gran parte de estas decisiones son juicios con respecto a alguien o a algo en nuestra vida y una vez los hemos emitido, los aceptamos como la absoluta verdad; luego nos dedicamos a buscar incesantemente toda prueba que podamos conseguir para justificar el seguir sosteniéndolos. De esta manera nuestro vivir aquí se vuelve el afán de querer probar, corroborar, que teníamos razón con respecto a los juicios que hemos emitido.

Este mundo, no obstante, es un mundo de juicios, por lo que no podemos estar aquí sin juzgar. Pero se nos exhorta a que no juzguemos. Entonces, ¿qué podemos hacer? Lo que se nos pide es que en lugar de usar nuestro juicio, le pidamos al Espíritu Santo el Suyo, y que pongamos la situación en cuestión en Sus manos. Sus juicios serán siempre justos y acertados, y sostendrán la inocencia de todos los implicados en la situación. Esa es la verdadera Justicia de Dios.

El primer compromiso que asumí unos meses después de comenzar a estudiar el *Curso* fue dejar de juzgar. Y bastó que tomase esa decisión para darme cuenta de que mi mente era como una fotocopiadora, de alta velocidad, que no paraba de emitir juicios. No podía creer que había pasado toda mi vida juzgando continuamente sin haberme dado cuenta de ello. Era casi imposible detener ese constante flujo de juicios. El *Curso* afirma que juzgar es una actividad que, literalmente, nos agota. Y resalta que *es curioso que una habilidad tan debilitante goce de tanta popularidad*.

Juzgamos y condenamos a otros para probar que nosotros, en cambio, somos buenos e inocentes. Pero esto es absolutamente innecesario, pues la verdad es que nunca perdimos nuestra inocencia, aunque ciertamente la perdimos de vista, y por eso andamos como locos buscándola, con el ego de guía, que nos dice que para que nosotros seamos inocentes, el otro, el hermano, tiene que ser culpable. De hecho, lo que realmente se vive en esta ilusión es un continuo intercambio de culpas, todo el mundo queriendo ser inocente y juzgando a los demás como culpables. Sin embargo, o todos somos inocentes o bien ninguno lo es. En el mundo que Dios creó no hay excepciones, como muy bien dice el *Curso*, que nos asegura que jamás perdimos nuestra inocencia.

Esta condición de inocencia obviamente se refiere al Ser que todos somos y compartimos. El ego no es ni inocente

ni culpable, porque sencillamente no existe. Por lo tanto, no podemos asignarle ningún atributo. Pero el hecho de que no tenga existencia real no quiere decir que no la tenga para nosotros aquí. El falso yo, el personaje que creemos ser, tampoco es real, pero, como percibe, dicha percepción se puede purificar. Es oportuno destacar que nuestro Ser no necesita purificación de ninguna clase, pues sigue siendo tal como Dios lo creó.

No nos corresponde a nosotros juzgar nuestra valía. Tampoco nos corresponde juzgar la valía de nuestros hermanos. Esta se estableció en el Cielo, al igual que el papel que a cada uno de nosotros nos toca desempeñar. Lo que juzgamos como fortaleza a menudo puede ser debilidad o incluso arrogancia. Y lo que pensamos que es debilidad puede ser fortaleza. El *Curso* afirma *que no tenemos idea del tremendo alivio y de la profunda paz que resultan de estar con nuestros hermanos sin emitir juicios de ninguna clase.*

Creemos que los juicios que emitimos no tienen ningún efecto. Sin embargo, toda la fealdad que vemos en el mundo son los juicios que hemos vertido contra él. Elegir liberar al mundo de todo lo que hemos creído que es, significa que queremos liberarnos a nosotros mismos. Renunciar a los juicios condenatorios que sostenemos contra otros, es el equivalente a admitir que estábamos equivocados. El ego no puede hacer esto, pues su arrogancia se lo impide. Pero nosotros no somos el ego, por lo tanto, podemos soltarlos y, en su lugar, ver la inocencia del hermano. Cuando no estamos dispuestos a perdonar, significa que queremos mantener el juicio condenatorio que hemos emitido, al estar seguros de que «es verdad». Pero sobre todo, a lo que no estamos dispuestos es a estar equivocados, a «no tener razón».

Así que nos convertimos en los «jueces» de lo que, según nuestro criterio, es correcto, intachable, y nos convencemos a nosotros mismos de que nuestra «santa misión» es señalarle a

otros sus errores, sus fallas, e incluso nos sentimos justificados al desacreditarlos. Lo que no vemos es que al señalarle a un hermano los errores de su ego, estamos necesariamente viéndolos a través del nuestro, pues el Espíritu Santo no percibe errores en nadie. Es nuestro deseo de ver culpa en el otro, de percibirlo como «malo» lo que dirige nuestra percepción, que entonces «ve» lo que la instruimos a percibir.

El *Curso* dice que *cualquier intento que hagas por corregir a un hermano significa que crees que puedes corregir, y eso no es otra cosa que la arrogancia del ego*. Sin embargo, si un hermano está actuando de manera demente, o haciendo algo que no está a la altura de lo que él realmente es, obviamente no está en su mente recta. Mas la única corrección posible es mirar más allá de su error, a la cordura que es su verdad, y recordársela. Descalificarlo, avergonzarlo o intentar disminuir su valía es la solución del ego, no del Espíritu. Y ello provocará culpa, pues el Amor jamás te guiaría a que hicieses esto.

La percepción entraña selectividad a todo nivel, afirma el *Curso*. Dirigida por la mente recta, dicha selectividad buscará la verdad que mora en el hermano. Es imposible estar en este mundo sin evaluar las situaciones que se presentan en nuestra vida y que requieren una respuesta o una acción de nuestra parte. Según avanzamos en este camino, aprendemos a evaluar y a actuar de acuerdo con lo que pensamos que es mejor a la luz del entendimiento que hemos adquirido. Cuando evaluamos una situación desde la escasez, o desde un sentido de insuficiencia, lo sabemos por cómo nos hace sentir. Cuando juzgamos o condenamos a un hermano desde la arrogancia, la competencia, también lo sabemos, pues no nos hace felices. De hecho, provoca culpabilidad, pues estamos haciendo algo que no nos gustaría que nos hicieran a nosotros. No obstante, poco a poco iremos aprendiendo a evaluar todo en compañía del Espíritu Santo y a buscar Su consejo antes de tomar cualquier decisión o de emitir un juicio.